

---

---

## CAPITULO XXVII

*Que trata cómo fué prosiguiendo Nezahualcoyotzin su viaje y peregrinación hasta Capolac, y las cosas que le sucedieron en el camino.*

---

Ya que llegaba el príncipe Nezahualcoyotzin cerca de un lugar que se dice Tlecuilac, iba muy triste y pensativo considerando las calamidades y trabajos que padecía desde la muerte de su padre: volvió los ojos y vido la mucha gente que le seguía, que eran muchos de los ciudadanos de Tetzcuco y algunos caballeros, y todos los más de sus tíos y criados; y hablando con ellos les dijo con algún sentimiento y enojo: "¿á dónde váis? ¿á qué padre seguís que os ampare y defienda? ¿no me véis cuán sólo y afligido voy por estas montañas y desiertos siguiendo las veredas y caminos de los conejos y venados, y que no sé á donde voy si seré bien recibido, y mis enemigos me darán alcance y me matarán, pues mataron á mi padre que era más poderoso, que yo soy huérfano y desamparado de todos? Volveos á vuestras casas no muráis conmigo, ni por mi causa caigáis en desgracia del tirano, y perdáis vuestras casas y haciendas." Quauhtlehuanitzin y Tzontecochatzin con todos los demás le respondieron, que ellos con toda su voluntad le querían ir siguiendo y morir en donde muriese. Oyendo esto se enterneció mucho Nezahualcoyotzin y comenzó á llorar, y con él toda aquella gente que le acompañaba; y vuelto en sí les agradeció y les rogó que se volviesen á sus casas, que desde

ellas le podían servir en conocer y adquirir los designios del tirano y de sus enemigos: y que él tendría muy particular cuidado de irles avisando de todo lo que le aconteciese en su viaje y demanda: y así se volvieron todos quedando solos aquellos que fueron necesarios para el servicio de su persona; y asimismo porfiaron de ir con él Quauhtlehuanitzin su hermano y Tzontecochatzin su sobrino, diciéndole que de ninguna manera se volverían, pues que el mismo riesgo que corría su alteza corrían ellos el día que fuesen vistos, y que así donde quiera que fuese le querían ir siguiendo. Prosiguieron su camino para subir por una montaña que se dice Papalotepec hasta que llegaron por encima de una sierra que se llama Huihotepec, que ya era á puesta del sol, desde donde reconoció el paraje en donde estaba, mirando hacia los llanos de Huexotzinco que estaban ya oscuros con las sombras de las sierras, y por la otra parte descubrió la sierra del pueblo de Tepepulco, que todavía reverberaba en ella alguna claridad de los rayos del sol; desde donde envió segundo apercebimiento á los señores de la provincia de Huexotzinco, y que en Calpolalpan aguardaba la resolución del día que le habían de dar socorro. Los que llevaron este mensaje, el uno se llamaba Coyohua y el otro Zeotzincatl. Y habiendo dormido en esta sierra esta noche, luego el día siguiente por la madrugada prosiguió su viaje, y bajando por unas lomas fué á dar á unas sementeras cerca de unas cuevas que había, y por allí pasaba un camino en donde reconocieron que venía una tropa de soldados, que eran los enemigos que habían andado en las provincias de Huexotzinco y Tlaxcalan en su busca; por lo cual Nezahualcoyotzin y los que iban con él se escondieron entre unos matorrales de saucos que cerca del camino estaban, y al emparejar los enemigos donde estaban escondidos encontraron con un mancebo aldeano, natural de por allí cerca, que iba cargado con chian, á quien preguntaron por Nezahualcoyotzin si lo había visto, el cual les respondió que no le conocía; y despidiéndose de él, le encargaron que si lo viese diese aviso de él

á los tepanecas, que le harían las mercedes que estaban promulgadas. Y visto Nezahualcoyotzin que los enemigos iban lejos, prosiguió su camino y alcanzó al aldeano el cual le dijo lo que había pasado con aquellos soldados con quienes había encontrado. Nezahualcoyotzin le dijo, que si viese á quien buscaban ¿si lo iría á denunciar?: respondió que no. Tornóle á replicar diciéndole, que haría muy mal en perder una mujer hermosa, y lo demás que el rey Maxtla prometía: el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo uno ni de lo otro. Y prosiguiendo el príncipe su camino por la vía de Yahualihcan, en la mitad del Mihua uno de sus criados le alcanzó con comida, y habiendo comido llegó á Yahualihcan en donde hizo noche, y luego otro día se pasó á otro lugar que se dice Quauhteppec en donde hizo asimismo noche, y llegaron allí mensajeros de la ciudad y provincia de Huexotzinco que enviaban los señores á consolarle, y que para el día citado le ayudarían con todo su poder; y asimismo le trajeron un gran presente de mantas y mucho bastimento que los señores Xayacamachan y Temayacuatzin le enviaban. Otro día siguiente se fué á un lugar que se dice Calnapanolco sujeto á la provincia de Tlaxcalan, en donde Tlotlililcauhtzin embajador de la señoría le consoló, y le prometió el socorro de gente y bastimentos para recobrar su reino y el imperio de los chichimecas, dándole asimismo cantidad de mantas y bastimentos que le enviaba de presente la señoría; y habiendo dormido en este lugar, otro día por la mañana le dijo el enviado que le había de llevar á otro puesto que se decía Calpolalpan en donde la señoría le tenía puestos muy grandes jacales en que pudiese albergarse con todo su ejército, y desde allí salió<sup>1</sup> con el ejército por la vía de Tetzcuco; y el día que llegó á este puesto llegaron todos los más de los mensajeros que había despachado á diversas partes con nueva del socorro que le venía, en especial los de Zacatlan, Tototepec, Tepeapulco, Tlaxcalan y Cempoa-

<sup>1</sup> Debe ser saldría.

lan, y <sup>1</sup> otras partes que se juntaron dentro de cuatro días en este puesto, y los de Huexotzinco, Chololan y Chalco, que el mismo día que llegase á ellos llegarían á vista de Coatlichan; con que quedó muy consolado, y las esperanzas ciertas de su buen suceso.

1 Debemos dudar mucho del auxilio de algunos de estos pueblos, y menos de Cempoalan que pertenecía á los totonacos, los cuales eran de raza diferente de los chichimecas, y entonces todavía no estaban en contacto con las ciudades del Anahuac.

## CAPITULO XXVIII

*De cómo marchó con un poderoso ejército el príncipe Nezahualcoyotzin por la vía de Tetzcuco, y cómo recobró el reino de los aculhuas, y algunos acontecimientos notables que hubo.*

Por ser una de las cosas que más específicamente trata la historia general del imperio de los chichimecas, el mensaje que hizo Tecuhxotl á la provincia de Chalco, como atrás queda referido, no será razón dejarlo en silencio, ni lo que acaeció á Huitzilihuitzin, el maestro de Nezahualcoyotzin; y es que después que lo dejó aquella noche dormido en el bosque de Tetzcutzinco, se vino á su casa con Tecuhxotl, desde donde lo despachó á la provincia de Chalco, y no lo hubo bien despachado, cuando entraron los enemigos y lo llevaron preso ante Yancuiltzin (que por orden de su tío Maxtla se había hecho señor de la ciudad de Tetzcuco), el cual le mandó dar tormentos de cordeles para que el viejo descubriese en dónde estaba su discípulo Nezahualcoyotzin; y viendo que no quería confesar, lo mandó sacrificar en un templo del ídolo Comaxtla <sup>1</sup> que allí cerca estaba, y habiéndolo llevado encima de su templo para el efecto referido, se levantó una gran borrasca y viento que comenzó á arrancar algunos árboles y destechar las casas, el cual á las vueltas se llevó al referido viejo, y á un gran trecho de allí fué á echar, de manera que dos hijos que tenía, y esta-

1 Camaxtli.

ban con el cuidado desde lejos mirando en lo que había de parar, lo llevaron á esconder en donde lo curaron. A Tecuhxolotl lo llevó por la vía de Chalco, y viéndose libre del acaecimiento, se fué por las sierras y montañas por que no fuese visto de los enemigos; se perdió en lo más fragoso de ellas, hasta que fué á dar con un león muy feroz, y queriendo huir de él, lo comenzó á halagar, y como que le mostraba una vereda lo sacó de toda aquella montaña hasta ponerlo á la salida del pueblo de Tlalmánaleco, en donde dió su embajada á Totequztecútl y á Quateotzin, que sintieron infinito los trabajos y persecuciones del príncipe Nezahualcoyotzin; y como en aquella sazón Toteotzintecuhtli era el supremo señor, le dijeron fuese á él, que ellos estaban muy llanos á dar el socorro que se les demandaba; y así fué á donde asistía y tenía su corte Toteotzintecuhtli y ante todas cosas habló con Atotoztzin su mujer hermana de Huitzilihuitzin, la cual aflijida y llorosa de los trabajos del príncipe, le prometió de que haría todo lo posible para que Toteotzintecuhtli su marido diese el favor que se le pedía. El cual aquel día mandó llamar á todos los señores y gente ilustre para que el otro siguiente estuviesen en su corte, y vieses si les convenía dar el socorro que Nezahualcoyotzin les pedía; y luego antes que amaneciese mandó poner en un teatro que en la plaza estaba, á Tecuhxolotl atado muy fuertemente de pies y manos en un palo, de tal modo que parecía crueldad; y llegada la hora que los señores y caballeros estaban juntos y la plaza llena de gente, mandó descubrir al mensajero Tecuhxolotl, y á un pregonero que á voces dijese á lo que venía para que los de la provincia dijese su voluntad; porque si querían dar el socorro, que Toteotzintecuhtli lo mandaría soltar y enviar libre; y donde no, lo mandaría matar. Dado el pregón causó muy gran lástima, y á voces decían todos que soltase al preso, que ellos querían dar el socorro y ayuda que pedía Nezahualcoyotzin pues era justa su demanda, y con esto mandó desatarle y le envió con buen despacho de su negocio, el cual se fué derecho á donde estaba Huitzilihuitzin, y le dió

razón de todo lo que le había pasado, quien lo consoló y animó á que prosiguiese su camino hasta Calpolalpan donde estaba Nezahualcoyotzin, como lo hizo y atrás queda referido; y el viejo Huitzilihuitzin se animó de ir á encontrar á Nezahualcoyotzin, y llegando por encima de la montaña de Tepetlaoztoc algo aterido del frío, se quiso albergar en una choza que cerca de allí estaba, entendiendo hallaría fuego, y no hallándole cogió una poca de ceniza, y estregándola con una poca de yerba llamada piciete<sup>1</sup> para confortarse el estómago, por ser yerba cálida, de súbito se le incendió como si fuera pólvora, lo que le fué muy alegre presagio del buen suceso que esperaba tener el príncipe su señor, el cual á esta sazón venía marchando con su gente, que aquel día había salido del pueblo de Ahuatepec, y vino á salir por encima de Zoltepec, en donde le encontró con sumo gusto, y se consolaron los dos, y aquel día vino á parar y hacer noche en casa del viejo Huitzilihuitzin en donde le visitaron aquella noche todos los caballeros y señores que eran de su banda; y vido por las sierras más altas los humos, señales de fuego, que era lo que estaba tratado entre los señores que le daban su ayuda y socorro, y que ya estas gentes estaban cerca porque el día siguiente se había de dar la batalla, y en especial estaba tratado se había de dar sobre Acolman y Coatlichan que era donde estaba todo el poder de los contrarios. La parte de Acolman cupo á los tlaxcaltecas y huexotzincas, y á los chalcas cupo el combate de Coatlichan; y todo lo demás restante del ejército, así de las provincias que socorrían á Nezahualcoyotzin como de los mismos naturales del reino de Tetzcuco, tomó para sí Nezahualcoyotzin, lo uno

<sup>1</sup> El picietl es una especie de tabaco. Los mexicanos tenían tres clases, que llamaban: yetl ó tabaco de hojas grandes, y este nombre se daba también al tabaco en general; picietl ó tabaco de hojas pequeñas, de picietl cosa pequeña; y quauhyetl ó tabaco silvestre, literalmente tabaco de las águilas. Es singular que en 1571, época en que el P. Molina publicó su vocabulario mexicano, el nombre de tabaco no fuese conocido, pues tradujo picietl, por yerba venenosa de que se hace uso en la medicina. (Nota de Ternaux).

para socorrer á una de las dos partes referidas donde fuese necesario, y lo otro para entrar en la ciudad de Tetzcuco, saquear las casas de sus enemigos, y matar á los tepanecas y á los demás que se le resistiesen: y así al día siguiente al amanecer se comenzó la batalla por ambas partes, y como fué tan súbita la venida de Nezahualcoyotzin, y con tanta máquina de gente, en poco espacio de tiempo por más que se defendieron los tepanecas y todos sus consortes, fueron desbaratados y muertos, y saqueadas sus casas de las ciudades y lugares de Coatlichan y Acolman; y se quemaron los templos y casas por los señores <sup>1</sup> Temoyahuitzin señor de la provincia de Huexotzinco (que fué al que le cupo con los de Tlaxcalan el combate y toma de la ciudad de Acolman): por su mano mató á Teyolcoatzin una de las dos cabezas del reino de los aculhuas, que había hecho el tirano Tezozomoc por ser su nieto. El mismo lance hicieron los chalcas con la otra cabeza llamado Quetzalmaquitzli señor de Coatlichan, asimismo nieto del tirano Tezozomoc, que habiéndose retirado y hecho fuerte en el templo mayor de aquella ciudad con los más principales capitanes de su reino, los mataron, y á él le echaron del templo abajo haciéndose pedazos. Nezahualcoyotzin que ambos combates había socorrido, cuando se vió más desocupado, entró por la ciudad de Tetzcuco asolando las casas de los enemigos, que luego toda la ciudad se le rindió. En Huexotla salió á dar las gracias al ejército de los chalcas, haciéndoles merced de todos los despojos que habían ganado de la ciudad y cabecera de Coatlichan, y rindiendo el agradecimiento á sus señores del bien que le habían hecho, los despidió, y con ellos les envió á rogar se aperciesen para recobrar lo restante del imperio, que les avisaría cuándo había de ser. Y de allí dió la vuelta otra vez tomando la vía de Acolman, que ya había tenido aviso de que el ejército de los huexotzincas y tlaxcaltecas se querían volver á sus tierras, y así en el pueblo de Chicunauhtla se despidió de ellos,

<sup>1</sup> Para que haya sentido, en lugar de señores, debe decir soldados de.

haciéndoles la misma merced que á los de Chalco, y dándoles las gracias del bien que le habían hecho, y asimismo aperciéndolos para que cuando les avisase le enviasen el socorro necesario para acabar de recobrar el imperio. Asimismo con las mismas condiciones referidas despidió á los de Zacatlan, Tototepec, Chololan y otros de otras partes: sólo quedaron con él todos los soldados sobresalientes que trataban su vida sólo en la milicia, con los cuales y con los leales de su reino fortaleció la ciudad de Tetzcuco, y puso sus fronteras por la parte que confinaban con los tepanecas y mexicanos, y con esto quedó en su ciudad triunfante y victorioso.